
La Oración que Prevalece



Oswaldo J. Smith

(8 de noviembre de 1889 – 25 de enero de 1986)

“Verá el fruto de la aflicción de su alma, y quedará satisfecho”. Isaías 53:11

En Isaías 66:8 el profeta dijo: “en cuanto Sion estuvo de parto, dio a luz a sus hijos”. Y ese es un factor básico en la obra del Señor. ¿Pueden nacer niños sin dolor? ¿Puede haber parto sin trabajo? Sin embargo, muchos esperan en el reino espiritual lo que no es posible en el reino natural. Oh, hermanos míos, nada, absolutamente nada menos que el trabajo del alma puede traer a luz hijos espirituales. Finney nos cuenta que no podía pronunciar palabras, solamente gemía y lloraba mientras suplicaba a Dios la salvación de un alma perdida. Este es el trabajo del alma.

¿Nos da pena ver al niño que se ahoga, pero ninguna pena por el alma que perece? No cuesta llorar cuando nos damos cuenta que algún hijito nuestro, ahogándose desaparece en las aguas por última vez. La angustia en este momento es espontánea. Tampoco, no cuesta sentir angustia cuando la caja chiquita que contiene los restos mortales del hijo amado se saca de la casa.

Ah, no: las lágrimas vienen en momentos tales. Oh, que realizáramos y comprendiéramos que almas preciosas, almas inmortales se están perdiendo por todos lados, hundiéndose en la negrura de tinieblas y desesperanza, perdidas eternamente. ¿Es posible no sentir ningún dolor en tales

circunstancias? Cuán fríos nuestros corazones. Cuán poca comprensión tenemos de Jesús, el Compasivo. Esta compasión Dios puede dárnosla y la culpa es nuestra si no la tenemos.

Acuérdate que Jacob luchó hasta prevalecer. ¿Quién lo hace hoy en día? ¿Quién es el que hace lo mismo en oración? ¿Quién es el que prevalece en agonía de oración actualmente? ¿Cuántos, aun entre nuestros líderes espirituales se contentan con pasar media hora en oración cada día para luego enorgullecerse del tiempo que le dedican a Dios? Esperamos resultados extraordinarios, y estos resultados extraordinarios son posibles; las señales y los prodigios nos seguirán, pero sólo a través de esfuerzos extraordinarios en el mundo espiritual. De ahí que, nada aparte de una continua agonía en oración por las almas, horas y horas, días y noches enteras hasta prevalecer.

Por ellos; “Cíñanse y lamenten sacerdotes, ministros del altar, vengán pasen la noche vestidos de cilicio, ustedes, ministros de mi Dios. Santifiquen ayuno, reúnan la Asamblea, reúnan los ancianos y todos los habitantes de la tierra a la casa de Dios y clamen a Dios” (Joel 1:13-14). Oh, sí, Joel conocía el secreto. Por lo tanto, dejemos de lado todo lo demás, y “clamemos a Dios”.

Leemos las biografías de los que nos precedieron, que tanto éxito conocieron ganando almas, que oraban por horas en lo privado. Pregunto, ¿podemos acaso lograr los mismos resultados sin los mismos esfuerzos? Si podemos hacerlo, mostremos entonces al mundo que hallamos una mejor forma de hacer las cosas, pero si no es así, entonces por el amor de Dios empecemos de una vez a seguir aquellos que por la fe y la paciencia obtuvieron las promesas. Esos antiguos santos agonizaban y oraban ante Dios por los pecadores para que sean salvos y no cesaban hasta que los veían atravesados por la espada de la Palabra de Dios. Ese era el secreto de sus poderosos resultados. Cuando el fluir de Dios se detenía luchaban con Dios hasta que derramaba el Espíritu Santo sobre la gente y los pecadores se convertían.

Todos los hombres de Dios llegaron a ser poderosos en oración. El sol nunca se asomó en China sin encontrar, nos dicen, a Hudson Taylor de rodillas. No es de maravillarse que la Misión al Interior de la China tuviera tanto éxito.

La conversión es una operación del Espíritu Santo. La oración es ese poder que asegura esta operación. Las almas no se salvan por los hombres sino por Dios y dado que Él obra a través de la oración no tenemos más alternativa que seguir el Plan Divino. La oración mueve El Brazo que mueve el mundo.

La agonía en oración no es fácil. Solo aquellos que lucharon contra las fuerzas de las tinieblas saben lo difícil que es. Pablo dice que: “no tenemos lucha contra carne ni sangre, pero contra principados, contra poderes, contra los gobernantes de las tinieblas de este mundo, contra huestes de maldad en los lugares celestiales” (Efesios 6:12). Y cuando el Espíritu ora lo hace “con gemidos indecibles” (Romanos 8:26).

Oh, ¡cuán pocos son los que toman tiempo para orar! Hay tiempo para cualquier otra cosa, tiempo para dormir, tiempo para comer, tiempo para leer diarios y libros, tiempo para visitar amigos, tiempo para todas las cosas bajo el sol menos para orar, lo más importante de todo, lo más esencial.

Piense el caso de Susana Wesley, quien, a pesar de tener diecinueve hijos, tenía tiempo para encerrarse en oración una hora diaria, a solas con Dios. Amigo mío, el punto no es encontrar tiempo sino hacérselo. Si queremos lo podemos hacer.

Tan importante era este tiempo para los apóstoles que ni aun se detenían con las mesas: “Nos entregaremos a la oración y al ministerio de la palabra” (Hechos 6:4).

Cuantos ministros están cargados económicamente por la Obra, y cuantos colaboradores en la Iglesia esperan que sea así. No es raro que su labor sea tan pobre.

” Y sucedió en aquellos días que fue a la montaña a orar y continuo en oración toda la noche” (Lucas 6:12). Eso es lo que está escrito del Hijo de Dios, y si esto era necesario para Él, cuánto más para nosotros. Piense en esto: “Toda la noche orando”.

¿Cuántas veces se podría decir lo mismo de nosotros? ¡De ahí Su Fuerza, y de ahí nuestra debilidad!

Con cuanta pasión los antiguos profetas llamaban a una vida de oración. Escuche a Isaías mientras clama: “Vosotros los que invocáis al Señor, no guarden silencio, no le den reposo, hasta que establezca y haga a Jerusalén la alabanza de toda la tierra” (Isaías 62:6-7).

“Que los sacerdotes, ministros del Señor, lloren entre la entrada y el altar, y que digan, guarda Tu pueblo, Oh Señor, y no entregues a Tu heredad al escarnio, para que los paganos reinen sobre nosotros, para que no digan entre las naciones: ‘¿dónde está su Dios?’” (Joel 2:15).

No solamente reclamaban que se ore, ellos mismos oraban. Daniel dice: “Volví mi rostro al Señor, para buscarle en oración y clamor, con ayuno, en cilicio y en cenizas, y oré al Señor mi Dios y confesé” (Daniel 9:3-4). Esdras también esgrimió la poderosa arma de la oración en cada dificultad. “Caí de rodillas”, dice, “y levanté mis manos al Señor mi Dios” (Esdras 9:5). Y a continuación se registra su poderosa oración. Nehemías siguió el mismo modelo: “Y aconteció que cuando escuché sus palabras”, nos relata, “Me senté y lloré y estuve enlutado algunos días y ayuné, y oré delante del Dios del cielo” (Nehemías 1:4).

Esa también fue la práctica corriente de la Iglesia Primitiva. Cuando Pedro estaba encarcelado; “la Iglesia hacía sin cesar oración a Dios por el” y “muchos estaban reunidos”. Para terminar, veamos el archivo de los tratos de Dios con sus siervos a los cuales Él honró, y escuchemos sus relatos del secreto de sus éxitos. Ruego que Él pueda poner en nosotros la carga de oración y súplica que reposara sobre esos gigantes y que los llene con una santa agonía.

“John Livingston pasó toda la noche del 21 de junio de 1830 en oración, ya que al otro día debía predicar. Después de predicar por una hora gotas de lluvia empezaron a caer desconcertando a la multitud, pero Livingston aprovechó el momento preguntándoles si tenían refugio para la tormenta de la ira de Dios al venir, predicándoles por otra hora. Hubo 500 convertidos ese día”. - El Livingston de Shotts.

“Conocí una vez a un ministro que tuvo avivamiento catorce años seguidos. No sabía cómo categorizarlo, hasta que vi uno de los miembros de su iglesia ponerse de pie en una reunión de oración y confesar lo siguiente: ‘Hermanos’, dijo, ‘por mucho tiempo he tenido la costumbre de orar cada sábado a la noche hasta pasada la medianoche, para que el Espíritu Santo descienda sobre nosotros. Y ahora hermanos’, dijo, ‘y comenzó a llorar, ‘Confieso que la he descuidado en las últimas semanas’. Allí estaba el secreto, ese ministro tenía una Iglesia que oraba”. – Charles Finney.

“Un pueblo nunca había experimentado avivamiento; la Iglesia era casi inexistente, los jóvenes inconversos y todo era desolación. En ese pueblo vivía un anciano, herrero de profesión, que

tartamudeaba tanto al hablar que uno tenía lástima de escucharlo. Un día en su negocio, solo como de costumbre, comenzó a pensar en la situación de la Iglesia y de los impíos. Entró en tal agonía de alma que dejó de trabajar, cerró la puerta del taller, y pasó el resto de la tarde en oración.

Prevaleció con Dios, y al día siguiente habló con el pastor, pidiéndole tener una reunión con los hermanos para hablarles. El pastor pensó un momento, pero finalmente accedió, señalando, sin embargo, que era probable que muy pocos asistieran. Se reunieron en una casa que tenía una gran sala. A la hora señalada había más gente reunida que las que la casa podía acomodar. Todos estaban en silencio hasta que uno de los pecadores asistentes comenzó a llorar, y pidió qué si alguien sabía orar, que orara por él. Le siguió otro, y luego otro hasta que finalmente de todas partes del pueblo quedaron bajo una profunda convicción de pecado. Lo más importante era que cada una de esas personas recordaba que la convicción había descendido sobre ellos a la hora que ese hombre estaba orando en su taller. Lo que siguió fue un poderoso avivamiento. De esa manera ese viejo tartamudo prevaleció, y como príncipe de Dios tenía poder.” - Charles Finney.

“Hoy he estado rogando a Dios por horas, en el bosque por las almas; me las dará, conozco Su señal. Sé que esta noche Dios me dará almas. La de usted, espero que sea una de esas. Llegó la noche, y con ella un gran poder como nunca antes había experimentado. Se escuchaban llanto y gritos pidiendo misericordia en todo el edificio. Antes de terminar el sermón, yo, juntamente con muchos otros, caímos de rodillas, implorando la salvación.” - Un convertido de Tomás Collins

“Se entregaba por completo a la oración. Los bosques y los costados del camino se transformaban en aposentos de oración. En tal disciplina el tiempo corría inadvertido. Se detenía en peñas solitarias a orar, y el Cielo salía a su encuentro en tal manera que no se percataba del tiempo que transcurría. Hecho fuerte en esa clase de bautismos, era firme para declarar el consejo de la Cruz, y estaba dispuesto a soportarla.” - Vida de Tomás Collins

“Vino sobre mí una gran carga. Al regresar a mi habitación, trastabillaba por el peso de tal pesar, y luché, y gemía, y agonicé, y no sabía cómo orar a Dios, solo con gemidos y lágrimas. El Espíritu intercedió en mí con gemidos indecibles.” - Charles Finney.

“Propuse que hagamos un pacto de oración para el avivamiento de la Obra de Dios; que deberíamos orar al amanecer, al mediodía, y al atardecer, en nuestros lugares de oración privados por una semana, pasada la cual nos reuniríamos nuevamente para saber qué pasos tomaríamos. Pero el Espíritu de oración fue derramado abundantemente sobre esos jóvenes. Antes de que la semana termine recibí informes de que cuando algunos de ellos querían orar perdían todas sus fuerzas y eran incapaces de ponerse de pie o estar de rodillas; y que algunos quedaban postrados sobre sus rostros en el suelo y oraban con gemidos indecibles por un derramamiento del Espíritu de Dios. El Espíritu fue derramado y antes de terminar la semana todos los cultos estaban atestados de gente y había tanto interés en las cosas de Dios que cuando el avivamiento estaba en su apogeo.” - Chas Finney.

“A menudo lo observaba bajar de su pieza después de estar varias horas orando, con ojos hinchados de tanto llorar. Rápidamente nos compartía los motivos de sus angustias diciendo: ‘Soy un hombre quebrantado, sí, verdaderamente soy una persona infeliz, no por causa propia, pero por los demás. Dios me ha mostrado el valor de las preciosas almas, y no puedo vivir si las almas no son salvas. ¡Oh denme almas, o muero!’” - Vida de John Smith.

“Dios me permitió agonizar por las almas de tal forma que transpiraba profusamente, aunque estaba a la sombra y el viento era fresco. Mi alma fue derramada de mi ser por los perdidos”. - David Brainerd.

“A media tarde Dios me llamó a interceder por mis amigos. Pero al anochecer Dios me visitó maravillosamente en oración. Creo que mi alma nunca estuvo en tal agonía. Estaba en plena libertad porque los recursos de Su gracia estaban a mi disposición. Luché por mis amigos, por una cosecha de almas, por las multitudes de perdidos y por los muchos hijos de Dios en diferentes lugares. Estuve en oración desde el amanecer hasta el anochecer y terminé cubierto de transpiración.” - David Brainerd.

“Terminé de orar, esperando recibir fuerzas de lo alto. En oración mi alma fue tan tocada como nunca lo había sido en mi vida. Oré con tantas fuerzas y angustia que cuando me levanté de mis rodillas me sentía extremadamente débil y tocado por Su poder que casi no podía caminar derecho; las articulaciones parecían sueltas, el sudor corría por mi cuerpo y parecía que lo natural iba a desaparecer”. - David Brainerd.

“Es la oración la que debe llevar adelante nuestro trabajo, tal como la prédica lo hace. Él que no ora por la gente, nunca llegará a ellos con su prédica. Si no luchamos con Dios y prevalecemos en oración para que la gente se arrepienta, no lo haremos a través de nuestra prédica. Pablo el apóstol nos da su ejemplo de orar noche y día por sus oyentes”. - Richard Baxter.

“Algunos miembros de la Iglesia de Jonathan Edwards pasaron la noche orando antes que éste predicara su famoso sermón ‘Pecadores en las manos de un Dios airado’. El Espíritu Santo fue derramado de una manera tan poderosa, y Dios se manifestó de tal manera en Su santidad y poder que los ancianos se asieron de las columnas del Templo y gritaron: ‘¡Dios sálvanos, nos vamos al infierno!’”

“Casi cada noche había un movimiento fuerte entre la gente; y fui testigo de más de veinte personas puestas en libertad. Creo que debería haber habido muchos más, pero la gente no oraba. Hay mucha gente buena, pero pocos que luchan con Dios. En dos o tres lugares había llantos y varios quedaron bajo una profunda convicción”. - William Bramwell.

“Cuando en su ministerio no había los resultados que él deseaba, pasaba días y noches en oración, casi constantemente de rodillas, llorando y rogando ante Dios y en especial deplorando su incapacidad para la gran obra de salvar almas. Lo hacía cuando a veces no se percibía en la Iglesia ningún mover, literalmente en agonía, con dolores de parto por las preciosas almas, hasta ver a Cristo magnificado en la salvación de los pecadores.” - Vida de John Smith.

“Si pasas varias horas diariamente en oración, serás testigo de grandes cosas.” - John Nelson.

“Era regla de su vida levantarse a medianoche y pasar dos horas en oración y conversación con Dios; entonces, volver a dormir hasta las cuatro, hora en que finalmente se levantaba”. - Vida de John Nelson.

“Sea disciplinado y constante en la oración. El estudio, libros, oratoria, los buenos sermones son nada sin oración. La oración trae el espíritu, la vida, y el poder.” - Memorias de David Stoner.

“Me era necesario levantarme a las cinco y orar lo más que podía hasta las diez o hasta las once de la noche”. - William Bramwell.

Pero, ¿acaso debemos recurrir a esos antiguos santos? ¿No hay acaso gente hoy en día que le pidan a Dios que les de la carga?” ¿Será que en nuestra generación no tendremos avivamientos en respuesta a oraciones de fe, perseverantes, agonizantes y prevalecientes? ¡Oh!, entonces, “Señor, enséñanos a orar, pero orar en serio”.